

atención a la diversidad

Réquiem por la LOMCE

Juan José Tamayo

Teólogo y Profesor en la Universidad Carlos III

Nunca pensé que pudiéramos volver a ver que, a estas alturas del siglo XXI, se identificaran oficialmente –mediante una ley orgánica de carácter pretendidamente educador– lo “normal”, lo “natural” y lo “católico”. Una simbiosis que trata de hacer pasar como de “sentido común” lo que no es sino una construcción ideologizada y cargada de estereotipos procedentes de un pasado político, cultural y social por fortuna muy distante en el tiempo de la mayoría de los españoles y españolas. Por algo Wert y los patrocinadores de la LOMCE han entendido que debía reducirse sustancialmente la presencia de la Filosofía en la enseñanza y han planteado una idea obsoleta de lo religioso católico.

EL CURRÍCULUM DE LA FILOSOFÍA HA SIDO REDUCIDO EN UN 66%, al suprimir la Ética y la troncalidad de H^a de la Filosofía. Queda así una ley –y un exministro– no sólo incívica, por haber suprimido una asignatura fundamental como Educación para la Ciudadanía, que tan excelentes resultados ha dado durante el poco tiempo de su vigencia, sino también anti-ilustrada: si algo pretende la filosofía es enseñar a pensar y, como quería Kant, esa es la clave de la Ilustración, la capacidad del ser humano de pensar por sí mismo. Es, además, una ley –y cabe decir también del ministro– amoral, pues suprime la ética, desaparece toda referencia a los horizontes morales del ser humano: esta ley deja constancia de que la ética sobra en la educación y en la vida cívica. La LOMCE potencia, además, una determinada confesionalidad, la católica, porque el PP pretende reconfesionalizar el Estado español a través de la educación pública con planteamientos catequéticos trasnochados.

Llama la atención esta construcción cultural que se pretende incrustar en el sistema educativo público español justo cuando desde la UNESCO –con motivo de la celebración del “Día de la Filosofía”, el 21 de noviembre de 2013–, se ha insistido en la importancia de reflexionar sobre sociedades inclusivas y sostenibles. Estos dos retos principales de presente y de futuro requieren ciudadanos críticos, comprometidos con la transformación del mundo; personas lúcidas para hacer las preguntas incómodas cuando se atenta contra la dignidad humana. Y estas son las razones por las que, al suprimir o reducir tan sustantivamente la presencia de la Filosofía en el aprendizaje de nuestros jóvenes, debemos decir que la LOMCE y el exministro que la promovió son indignos. Incívico, amoral, indigno: aunque le hayan concedido un sillón de embajador en París –a la vera de la OCDE– se merece estos calificativos por no haber tenido el coraje de defender el valor del pensamiento en las generaciones jóvenes. Pensar, hacerse preguntas, dudar son el principal recurso que tenemos los seres humanos para proponer soluciones a los problemas y dar paso a la pluralidad de respuestas. Son las bases de la democracia.

Lo legislado es el pensamiento dogmático y uniforme, la intolerancia ante “el otro” y la cerrazón a lo distinto. Eso explica, además, el carácter particular que ha tomado la presencia de la religión católica en LOMCE: configurada con todas las características de una asignatura que contabiliza como “fundamental”: evaluable como el resto de las asignaturas, forma parte de la nota media para pasar curso

o repetir, para conseguir una beca o perderla, con atribuciones similares a la lengua o las matemáticas en los trámites burocráticos del final de Bachillerato. Volvemos a la catequesis en la escuela, en el sentido más limitador de la palabra: respuestas simples a preguntas complejas.

Los nuevos programas de religión católica en la escuela, aprobados por la Conferencia Episcopal Española y publicados en el BOE se caracterizan por un fundamentalismo reacio a la racionalidad más elemental; por un pensamiento mítico en el que las cuestiones de fondo sobre el sentido de la vida vienen prefijadas por una narratividad simplona; por una concepción androcéntrica de la realidad humana y social (todo gira en torno al hombre; la mujer prácticamente no existe salvo cuando habla de María como virgen y madre); por una fe dogmática en la que difícilmente cabe sino la aceptación ciega, y por una exposición anacrónica en torno a la figura de Jesús de Nazaret, anclada en la neoescolástica decimonónica. Hasta tal punto es así que reaviva los viejos conflictos entre ciencia y religión –como si nada hubiera pasado en el pensamiento humano desde antes del Concilio Vaticano I o el Syllabus antimoderno. Un asunto grave porque, entre otras lindezas, quiere colar el creacionismo del relato mítico del *Génesis* como si de un tratado científico se tratara.

La LOMCE –y Wert su patrocinador– han hecho este desastre retrógrado. Cuando la Filosofía tiene tanto que enseñarnos, la recorta al máximo y suplanta su tiempo y su quehacer con un trampantojo que sólo quedaría bien en el *Celtiberia show* de Carandell. Cuando, como propugna Edgar Morin, debemos aprender a navegar en un mar de incertidumbres –función primordial de la educación– o, como quería Elias Canetti, de lo que se ha de tratar en la enseñanza es de no hacer estragos en el conocimiento, quieren imponernos –en contra de lo que defendía Paul Ricoeur– un sistema cerrado en el que el pensar esté abolido. Incluso a los creyentes les resulta atosigante este planteamiento, además de intolerante para los demás.

Es todo tan viejo y tan extraño a lo que nuestra sociedad necesita, tan selectivamente ajeno a los desafíos actuales que espero se cumpla lo que pronostican muchas encuestas: que quienes han patrocinado la LOMCE pierdan las elecciones y se puedan poner en práctica lo que sus oponentes –cuando se aprobó esta ley el 20 de noviembre de 2013– se comprometieron a hacer si lograban la mayoría parlamentaria: *Delenda est LOMCE*. Me sumo a esa perspectiva entonando ya un Réquiem premonitorio.

Quieren imponernos –en contra de lo que defendía Paul Ricoeur– un sistema cerrado en el que el pensar esté abolido